

6

La predicación bíblica y la comunicación de doctrina

Fue Carlos G. Finney quien hizo hace muchos años la declaración de que nunca ha habido un avivamiento que no haya sido causado por la doctrina, presentada con poder y claridad. Podemos reforzar esta misma verdad con una cita de Phillips Brooks.

Jamás ninguna predicación ha tenido un fuerte poder sin ser una predicación doctrinal. Los predicadores que han conmovido y sostenido a los hombres siempre han predicado doctrina. Ninguna exhortación a vivir bien que no ponga detrás de sí alguna verdad tan profunda como la eternidad, podrá sitiar y tomar por asalto la conciencia. Predique doctrina, predique toda la doctrina que conoce, y aprenda siempre más y más; pero predíquela siempre, no para que los hombres la crean, sino para que los hombres puedan ser salvos al creerla. De esta forma estará viva, no muerta. De esta forma, los hombres se regocijarán en ella, en lugar de despreciarla. De esta forma se alimentarán de ella en las manos de usted, como quien come el pan de vida, nutritivo y fresco, que reclama para sí el apetito que Dios hizo para él.¹

Andrew Blackwood afirma que “en el pasado todo movimiento evangelístico bendecido por Dios ha llegado sobre todo a través de la predicación de la doctrina”.² La predicación que omite la doctrina es una predicación deficiente en uno de sus principales componentes. Cuando el púlpito es débil en su presentación doctrinal, la congregación carece de fortaleza espiritual.

La naturaleza de la predicación doctrinal

En este punto podría surgir la pregunta de qué queremos decir al hablar de predicación doctrinal. La *predicación doctrinal* es el tipo de predicación orientado a la instrucción metódica del pueblo en las

verdades del evangelio. El oficio de la predicación teológica es responder las preguntas más básicas que los hombres son capaces de hacer. La doctrina acerca de Dios responde a las preguntas de si el universo es amistoso o no, y si la vida tiene sentido y razón de ser. La doctrina acerca del hombre nos dice si el hombre es capaz o no de captar el significado de la vida y de aliarse con Dios en comunión y servicio. La doctrina acerca de la salvación responde la pregunta del hombre respecto de cómo se puede redimir la vida de la frustración y la futilidad para levantarla a sus niveles más altos. Dentro del sermón doctrinal se pondrá más énfasis en las verdades que en los deberes. Sin embargo, esto no significa que un sermón doctrinal sea simplemente un tratado teológico. No es la exposición de una o varias doctrinas, por muy importantes que las doctrinas sean. El sermón doctrinal es en primer lugar un sermón; después de esto, es un sermón doctrinal. Como sermón, combina la exposición con la aplicación.

La decadencia de la predicación doctrinal no se debe del todo a una decadencia del interés en la doctrina. En parte se debe a la dificultad que tenemos los que predicamos de manejar la doctrina dentro del contexto de un sermón.

Las ventajas de la predicación doctrinal

Son muchas las ventajas que se pueden obtener por medio de la predicación doctrinal. Ciertamente, este tipo de predicación honra al evangelio. Instruye y edifica al oyente. Aumenta la intelectualidad del ministerio. Aclara dificultades que se hayan reunido en la mente de los oyentes respecto de verdades y datos importantes del cristianismo. Este tipo de predicación ayuda al oyente a distinguir entre lo que es primario y lo que es secundario dentro de la verdad cristiana. Proporciona un sólido fundamento para una predicación ética eficaz.

Las objeciones contra la predicación doctrinal

Se han presentado varias objeciones contra la predicación doctrinal. Se objeta que los artículos esenciales de la doctrina cristiana son sencillos y pocos, y que, ya que estos bastan para la salvación, no deberíamos trabajar tan duramente en tratar de predicar un gran número de verdades doctrinales. Algunos elaboran la idea de que la predicación doctrinal carece del calor y la animación que deberían caracterizar a los sermones. Otros han declarado que, en su opinión, la predicación doctrinal perturba a los oyentes y los deja perplejos, por lo que daña su edificación en lugar de ayudarla. Otra objeción afirma que la predicación doctrinal ocasiona discusiones dudosas y contiendas acerca de palabras. Se ha objetado que los sermones doctrinales son áridos.

Debemos admitir que con frecuencia los sermones doctrinales son áridos, pero esto no es culpa de la doctrina, sino del predicador.

M. Reu señala tres formas de hacer áridos los sermones doctrinales. (Debo mencionar en este punto que algunos predicadores no tienen que esforzarse por lograrlo; parece salir de manera natural.) Afirma que los sermones doctrinales se vuelven áridos siempre que entran en sutiles distinciones dogmáticas y se olvidan de la diferencia entre los conocimientos técnicos del especialista en teología y el conocimiento salvador de la congregación cristiana. La segunda causa de aridez en el sermón doctrinal es que no sepa llevar la verdad de la que trata a una aplicación en la vida práctica. La última forma que observa Reu es olvidar que lo que uno debe hacer es predicar, y de esta manera, limitarse a presentar una disertación, en lugar de tratar de llevar la verdad a unos oyentes vivos que están delante del predicador, y con quienes él debe entrar en un contacto personal y vivo.³ No hay forma segura de evitar que la mente de los oyentes divague, pero si traducimos el evangelio a un lenguaje comprensible estaremos ayudando a nuestra causa. Debemos luchar por revelar la relación de la doctrina con la vida y la experiencia cristiana. Por tanto, el predicador siempre debe estar alerta, en busca de maneras de presentar viejas verdades de formas nuevas.

Recorrido histórico de la predicación doctrinal

Hacer un recorrido de la historia de la predicación doctrinal, tanto cronológico como biográfico, servirá para iluminar los momentos más altos de la predicación doctrinal, y algunos de los predicadores que han escalado las alturas. También señalará algunos de los puntos bajos. Se podría hacer un interesante estudio en un intento por demostrar que existe una posible correlación entre la fortaleza y la debilidad de la iglesia, y el énfasis correspondiente en la predicación doctrinal dentro de los períodos en particular.

La predicación en el período apostólico (4 a.C. al 69 d.C.) incluye la predicación de Jesús y de los apóstoles. Esta predicación se distinguió por su sencillez, por lo pintoresca, versátil, práctica y optimista; por el uso de las Escrituras, y por su tono de autoridad. Había una combinación de doctrina y ética.

La predicación del período patrístico (70-430) se hizo más sistemática en su forma. Se fue apelando cada vez más a la opinión humana, y no a la Palabra de Dios. Se recuerda el siglo cuarto como un período de gran predicación.

La predicación del período inicial de la Edad Media (430-1095) se recuerda por su insistencia en los sacramentos y en la labor misionera.

Durante los siglos siete y ocho, proliferó la alegoría, y la exposición fiel de las Escrituras era casi algo inexistente. Durante este período se insistió muy poco en la doctrina de la substitución expiatoria.

La predicación en el período central de la Edad Media (1095-1300) fue popular en su tono, pero se dedicó más a leyendas que a las Escrituras. Se pusieron de relieve el escolasticismo y el misticismo durante este período.

La predicación del Renacimiento y del período final de la Edad Media (1300-1500) se podría caracterizar por su estado de decadencia. Esto se halla en contraste con el siglo trece, que había sido uno de los puntos altos de la predicación. Ciertamente, se comenzó a hacer notar un sentido de reforma dentro de este período, como se ve en la predicación de Juan Wiclef.

La predicación en el período de la Reforma (1500-1572) salía del corazón, y tenía por propósito primordial despertar a la gente para llevarla a la fe. El siglo dieciséis fue uno de los tres momentos cumbres de la predicación. Los otros dos fueron los siglos cuatro y trece.

La predicación en el período inicial de la Edad Moderna (1572-1789) se ha recordado por la fuerza que tuvo sobre la vida nacional. En Inglaterra, este período ha sido recordado como la "Edad de oro de la predicación".

La predicación en el período final de la Edad Moderna (1789-1900) fue básicamente calvinista y erudita. Los sermones puritanos eran verdaderos tratados de teología.

La predicación del siglo veinte ha insistido en la reforma social, la predicación de acuerdo con las situaciones de la vida y una decadencia en el contenido doctrinal.

Recorrido biográfico de la predicación doctrinal

Estos hombres han sido considerados como predicadores doctrinales notables. Al estudiar sus vidas, obtenemos información respecto de los factores que Dios usa al desarrollar a un predicador doctrinal. Al leer sus sermones, vemos ejemplos de sermones ordenados para ser pronunciados, que Dios ha bendecido en el pasado. El estudio de sus vidas y la lectura de sus sermones deberían proporcionar inspiración e información para la mejora de la predicación doctrinal.

Juan Wiclef (1328-84) ha sido llamado la "estrella matutina" de la Reforma. Su predicación se convirtió en instrumento de guerra espiritual. A través de su predicación, el pueblo entró en posesión de la doctrina. Su estilo fue intelectual, pero práctico.

Martín Lutero (1483-1546) insistió constantemente dentro de su predicación en el hecho de que el deber tenía su fundamento en la

doctrina. Primero acudía a las Escrituras, y después a la razón. Era un hombre de la Biblia, y se le recuerda por haberla traducido al alemán. Su predicación incluía una fuerte insistencia en las doctrinas del arrepentimiento y la fe.

Juan Calvino, (1509-54) fue uno de los predicadores más notables de todos los tiempos. Cuidaba mucho la preparación de sus sermones, y en un período de quince años predicó 3.000 sermones sin notas ni manuscrito. Era un predicador bíblico y notable por la solidez de su doctrina. Usaba sus conocimientos teológicos para aclarar el significado de las palabras en las Escrituras.

Lancelot Andrews (1555-1626) era obispo de Chichester. En su predicación se mantenía cercano al texto y usaba las divisiones principales del texto como divisiones principales de sus mensajes. Lo recordamos como uno de los traductores de la versión inglesa de la Biblia comúnmente conocida como la Versión del rey Jacobo.

John Donne (1573-1631) incorporó a su predicación una clara exposición de la doctrina de la redención.

Thomas Goodwin (1600-1680) se hizo cristiano después de haber pastoreado una iglesia algunos años. Se decidió a predicar palabras sólidas sin afectación y sin la vanidad de la elocuencia. Sus sermones mostraban evidencias de unción. Sus exposiciones son minuciosas y difusas.

Jeremy Taylor (1613-67) ha sido llamado "el poeta" del púlpito, y también "el Shakespeare" de las cosas divinas. Su mayor fortaleza se halla en sus obras devocionales. Algunos han dicho que fue uno de los clérigos y teólogos mejor dotados de Inglaterra. La doctrina entraba en su predicación, pero es probable que no se le deba considerar un predicador fuertemente doctrinal. Se ha dicho de él que sería un peligroso modelo, pero un encantador compañero.

Richard Baxter (1615-91) usó para su predicación unos temas específicos que eran mayormente teológicos. Persuadía a los hombres a estudiar y vivir de acuerdo con las doctrinas esenciales del cristianismo. Hizo poderosa impresión en sus tiempos, y sigue siendo hoy el más conocido de los predicadores puritanos.

John Owen (1616-83) y Theodore Cuyler (1822-90) podrían ser añadidos a esta lista.

Juan Bunyan (1628-88) se convirtió en uno de los predicadores más eminentes de su generación. Miles de personas se reunían para escuchar sus presentaciones populares. Fue un hombre de fe intensa, y se le recuerda de manera especial como el autor del *Progreso del peregrino*.

John Howe (1630-1705) insistió en las experiencias prácticas pastorales y en el estudio continuo de las Escrituras. Escribió muchos tratados doctrinales, y solía invitar a su gente a recordar las doctrinas cardinales del evangelio.

Juan Knox (1505-72) quedó bajo la influencia de Calvino cuando fue exiliado a Ginebra. Entonces llevó el calvinismo a Escocia. Los historiadores han dicho que dejó una huella más duradera sobre el destino de su nación que todos los demás cuyas vidas desempeñaron un papel preponderante en los años de formación de esta. Era un hombre de fuertes convicciones; valiente reformador con una poderosa forma de predicar. Los registros muestran que predicaba un promedio de cinco veces por semana ante congregaciones repletas.

Brotó un despertamiento evangélico en varias naciones, entre ellas Estados Unidos, Gales, Inglaterra y Escocia. Los predicadores de esta época predicaban dos o tres veces al día, y los siete días de la semana, en un ministerio itinerante. Predicaban la ley de Dios con severidad. Su mensaje básico era que Jesucristo crucificado es la única esperanza de salvación para el hombre. Sin embargo, en sus sermones no había muchos términos de teología presentes, y en general eran temáticos. Sus sermones impresos son serios, cuidadosamente escritos, e impresionantes en general. Los predicadores del Avivamiento se enfrentaban de una manera muy personal con sus oyentes, lo que causaba que muchos levantaran su voz para confesar sus pecados y clamar por su salvación. La predicación cambió gradualmente y la Biblia se volvió central en ella. La nueva forma de sermón, con su insistencia en el pecado del hombre y su redención por medio del Señor Jesús se convirtió en la regla, en lugar de ser la rara excepción. Dos de los predicadores más sobresalientes de este período fueron:

Juan Wesley (1703-91), quien era teólogo y predicador doctrinal. La teología que predicaba fue la teología aceptada en el metodismo por más de 150 años. Exponía las doctrinas, debido a su valor práctico para los oyentes. Se dice que predicó 18.000 sermones en 34 años. Wesley insistía en la obra del Espíritu Santo.

Jorge Whitefield (1714-70), quien insistía en su predicación en las doctrinas de la santificación y la elección. Sus sermones llevaban a fuertes llamados al arrepentimiento. Sus puntos doctrinales principales eran fuertemente calvinistas.

A medida que los clérigos de Inglaterra y Escocia fueron llegando a ciertas verdades por medio del estudio de la Palabra de Dios, predicaron con poder acerca del pecado y de la gracia. Aumentó la

predicación del tipo doctrinal. No sólo se insistía en el pecado y la gracia, sino en el arrepentimiento y la fe. Se vio la necesidad de una salvación individual. Se predicaban la ley y el evangelio, pero no siempre estaba clara la distinción entre ambos. Este grupo evangélico ejerció gran influencia en Inglaterra, aunque era una minoría. Se podrían estudiar siete predicadores en relación con este grupo.

Andrew Fuller (1754-1815) fue uno de los que apoyaron a Guillermo Carey.

Charles Simeon (1759-1836) le dio énfasis a la predicación de la doctrina de la redención. Presentaba conmovedores sermones centrados en Cristo. Tenía la idea de que la Biblia era la fuente definitiva de apelación en la exposición de la doctrina. Su enfoque era calvinista.

Robert Hall (1764-1831) poseía la capacidad de presentar las doctrinas evangélicas de una forma atractiva. Sus sermones comprendían la capacidad de presentar una intensa y ardorosa aplicación de las doctrinas. Sus sermones son mayormente temáticos, aunque mientras estaba en Cambridge con frecuencia pronunció sermones expositivos.

William Jay (1769-1831) predicó sermones que eran una combinación de doctrina, experiencia y práctica. Decía que la mejor predicación era la doctrinal, combinada con la práctica del evangelio. Le parecía que al predicar doctrina era mejor que se dieran por supuestas muchas cosas, en lugar de hacer comentarios técnicos sobre ellas dentro del sermón.

Richard Watson (1737-1816) fue uno de los que formularon el sistema teológico metodista, presentado en su obra *Theological Institutes* (Instituciones Teológicas). La crucifixión de Cristo era el centro de mayor interés en su predicación.

Thomas Chalmers (1780-1847) fue posiblemente el predicador más destacado del siglo diecinueve, y también uno de los grandes ganadores de almas de ese siglo. Era ministro en Glasgow y profesor en Saint Andrews y Edimburgo.

Thomas Binney (1798-1874) fue especialmente notable por lo que ahora llamamos predicación según las situaciones de la vida. También le eran muy familiares las cuestiones teológicas, y trató de hacer que las Escrituras fueran vitales para el pueblo.

Durante el período del siglo diecinueve, muchos de los antiguos males comenzaron a reaparecer en las iglesias. La predicación comenzó a perder su fervor evangélico, especialmente en la Iglesia Anglicana. El "intelecto infalible" sustituyó al libro infalible. Surgieron muchas

controversias, una de las cuales afirmó el derecho del clérigo a creer y predicar doctrinas que no estaban en armonía con las de la iglesia establecida, y sin temor a la disciplina doctrinal. Otra declaraba que el clérigo no está obligado a aceptar como inspiradas todas las partes de la Biblia, ni a creer que los méritos de Cristo le puedan ser imputados al creyente, o a dudar de que los malvados reciben castigo eterno. La predicación comenzó a perder claridad, debido a las incursiones de la destructora crítica bíblica.

En la Iglesia Anglicana hubo un alejamiento gradual de la predicación doctrinal de los días del puritanismo, y de la exposición de los grandes principios del plan de salvación, tal como se hallaba en los días del Gran Avivamiento. Los sermones tomaron la tendencia a convertirse en ensayos. Eran temáticos más que textuales o expositivos. Se consideraba a la Iglesia como el tribunal supremo de apelación, más que a la Biblia. Hubo predicadores de este período cuyas contribuciones merecen consideración especial.

F. W. Robertson (1816-53) era un predicador expositivo cuyos sermones eran a la vez bíblicos y prácticos. Su método consistía en comenzar a construir cada sermón usando en primer lugar un texto, explorarlo en busca de su significado, sacar ese significado en forma expositiva, y después sacar doctrina de él. Normalmente, sus sermones duraban unos cuarenta y cinco minutos. Se conocía el Nuevo Testamento de memoria, tanto en inglés como en griego. El lema de su vida era "Nadie más que Cristo".

H. P. Liddon (1829-90) predicaba mensajes doctrinales con un énfasis de tipo doctrinal. Se le recuerda especialmente por su serie de predicaciones acerca de la divinidad de Cristo.

R. W. Dale (1829-95) fue reconocido como el gran predicador doctrinal del siglo diecinueve. Sus sermones eran doctrinales en su énfasis y expositivos en su método. Era un no conformista y trabajó en la iglesia congregacional de Carr's Lane durante 42 años.

Joseph Parker (1830-1902) como predicador estaba dotado de numerosas cualidades, entre ellas profundidad de convicción, intensidad de sentimiento y gran energía en su expresión. Disfrutaba de la presentación de la verdad por medio de la exposición continua. Empleaba tanto sermones expositivos como temáticos. Dentro de su predicación había una insistencia especial en el amor de Jesucristo. Creía en la justificación por fe y la predicaba.

Carlos H. Spurgeon (1834-92) ha sido llamado el "Predicador de predicadores". Era calvinista puritano y sostenía la doctrina de los pactos. Su posición se hallaba condicionada por la dedicación al bautismo del creyente.

Peter T. Forsyth (1849-1921) predicó mensajes doctrinales especialmente centrados en la cruz y el amor de Dios.

Charles Brown (1862-1930), cuyos mensajes estaban centrados en Cristo, empleaba un método expositivo. Trataba toda la doctrina en función de sus fundamentos bíblicos. Se le recuerda especialmente por su predicación en la capilla universitaria.

John D. Jones (1797-1840) usaba el método expositivo e insistía en la redención en Cristo, el perdón del pecado y la inmortalidad del alma.

Recorrido por los predicadores doctrinales del continente americano

El estudio de varios predicadores nos facilitará el despliegue de un panorama de información que abarca la predicación del tipo doctrinal en el continente americano.

Cotton Mather (1663-1728) predicaba acerca de la labor mediadora del Salvador y la influencia del Espíritu Santo. Pensaba que los predicadores debían estudiar teología, porque básicamente presenta la doctrina de la gracia en sus sermones. Los sermones de él se basaban en la doctrina, pero no estuvo libre de errores doctrinales.

Jonatán Edwards (1703-58) es famoso por su sermón "Pecadores en manos de un Dios airado". Puso atención especial a la doctrina objetiva en sus sermones.

Timothy Dwight (1752-1817) tenía una fe firme en las doctrinas evangélicas. Empleaba esta sólida doctrina en su predicación, y produjo buenos modelos de discursos doctrinales.

Lyman Beecher (1775-1863) predicaba sermones doctrinales y los aplicaba de manera práctica. Presentaba los aspectos éticos del cristianismo sin sacrificar la doctrina. Su lógica era la de un gigante intelectual. Su estilo homilético era tan suave que apenas se podía captar la presencia de divisiones principales.

W. E. Channing (1780-1842) era predicador doctrinal, aunque no era evangélico. Su predicación doctrinal estaba aplicada a las situaciones de la vida, y era fuerte en las consideraciones de tipo ético.

Horace Bushnell (1802-76) trató de devolver realidad a la teología aceptada. Creía fuertemente que la doctrina debe ser formulada en la experiencia cristiana.

Carlos G. Finney (1792-1875) insistió de manera especial en la divinidad de Cristo. Merece un lugar especial y prominente en los anales de la predicación, debido a la importancia que les dio tanto al evangelismo como a la doctrina. Dentro de su predicación había una fuerte insistencia respecto de la expiación substitutoria de Cristo, la justificación de la gracia a través de la fe y el poder del Espíritu Santo para transformar a los hombres.

Phillips Brooks (1835-93) presentaba la teología en formas sencillas y prácticas. Enseñaba doctrina los miércoles, y predicaba los domingos dando por sentada la enseñanza doctrinal básica.

Washington Gladden (1836-1918) socializó la teología norteamericana y la impulsó hacia una posición liberal.

George Gordon (1853-1929) fue un fuerte teólogo trinitario que sin embargo se inclinó hacia la teología liberal.

G. Gore (1853-1932) escribió dos libros, *The Creed of the Christian* (El credo del cristiano) y *Prayer and The Lord's Prayer* (La oración y el Padrenuestro), que revelan su poder para presentar las obligaciones doctrinales y existenciales del cristianismo.

Charles Jefferson (1860-1937) era un predicador de tipo doctrinal, aunque trataba de evitar el uso de términos técnicos. Decía que la experiencia de mil novecientos años demuestra que sólo la predicación doctrinal reconcilia con Dios al corazón de una persona. Le parecía que la predicación práctica era la doctrinal.

J. G. Machen (1887-1937) escribió muchos libros acerca de doctrina. Se le recuerda como teólogo y erudito en Nuevo Testamento.

Donald G. Barnhouse (1895-1962) fue pastor de la Décima Iglesia Presbiteriana de Filadelfia. Se le recuerda en especial por haber predicado a través de todos los libros de la Biblia. Su curso de teología sistemática, construido alrededor del libro de Romanos, fue una de sus contribuciones más sobresalientes.

Harold J. Ockenga (1905-) es actualmente el presidente de las escuelas Gordon-Conwell). Emplea sermones bíblicos expositivos con énfasis en temas doctrinales. Los sermones están orientados hacia el intelecto más que hacia las emociones.

Sugerencias respecto de la predicación doctrinal

Se debe presentar el material doctrinal a la luz de su ambiente, y se debe hacer de él algo práctico. El predicador debe evitar el uso de vocablos técnicos. No debe dedicarse a amontonar una serie de textos. También debe evitar la predicación de tipo controversial.

En su libro *Sacred Rethoric* (Retórica sagrada), Dabney añade tres sugerencias en el sentido de que la predicación doctrinal debe ser ciencia popularizada, debe ser comprensible, y el predicador debe tratar de predicar toda la verdad.

En su libro *Modern Practical Theology* (Teología práctica moderna), Schneck insiste en que el predicador necesita estar personalmente convencido de una doctrina: "Debe verla y amarla, y su propia conciencia debe estar despierta a ella."

Johnson, en su libro *The Ideal Ministry* (El ministerio ideal), anima al

predicador a predicar doctrina con frecuencia. Las doctrinas deben ser predicadas en su totalidad. Las presentaciones deben ser adaptadas a los tiempos del predicador.

Tipos de sermones doctrinales

Hay varios tipos de sermones doctrinales. Brastow menciona tres: el declarativo, el apologético y el polémico.⁴ La apologética trata de la relación entre la fe cristiana y la esfera más amplia del conocimiento secular humano, como filosofía, ciencia e historia, con la visión de demostrar que la fe no se aleja de la verdad que esos instrumentos humanos de investigación han descubierto.⁵ La polémica se refiere a las numerosas diversidades de opinión, diferencias y teorías que hay dentro de la Iglesia cristiana. Broadus estimaba que la predicación de sermones específicos acerca de apologética debería ser evitada. Tenía la opinión de que las referencias y las declaraciones en defensa de la fe dentro de un sermón general serían provechosas. Broadus sentía también de manera muy parecida respecto de la predicación en el aspecto de la polémica. Le parecía que ésta surgía de un amor al conflicto por parte del predicador, y creía que con frecuencia este tipo de predicación provocaría divisiones dentro del grupo. Le parecía que el predicador debía ocuparse principalmente con la defensa de la verdad positiva.

El tipo declarativo de sermón doctrinal mencionado por Brastow sería similar al sermón de afirmación al que se refiere Jordan.⁶ La característica principal de este tipo de sermón es el poner al día la verdad que una vez fue presentada por nuestros antepasados de manera dogmática. Los sermones sobre los credos se adaptan fácilmente a este molde.

Blackwood mencionó dos tipos más de sermones doctrinales. Eran el directo y el indirecto. Seleccionó cuatro sermones de diferentes predicadores para ilustrar lo que quiere decir cuando habla de predicar doctrina de una forma indirecta:

“La vida de todo hombre es un plan de Dios”

(Isaías 45:5) por Horace Bushnell

“El fuego y el becerro”

(Exodo 32:24) por Phillips Brooks

“La inversión de los juicios humanos”

(Mateo 19:30) por James B. Mozley

“Pero cuando hay derrota en la vida, ¿entonces, qué?”

(Jeremías 12:5) por Arthur J. Gossip⁷

Recogida de material para los sermones doctrinales

¿Cómo debemos estudiar la doctrina en preparación para la predica-

ción? Debemos comenzar por revisar las Escrituras en búsqueda de tonos doctrinales. Esto ayudará al autor del sermón a permanecer dentro de la terminología bíblica a medida que recoge, asimila y ordena el material para su sermón. El predicador puede concentrarse en el estudio de una doctrina dentro de un grupo de libros de la Biblia, dentro de uno de los libros, o dentro de un segmento de un libro. Por ejemplo, podría estudiar la doctrina de la Segunda Venida del Señor en 1 y 2 Tesalonicenses, o la doctrina de Cristo en Colosenses, o la doctrina del Espíritu Santo en Romanos 8. Estas doctrinas son presentadas directamente en esos pasajes. Con frecuencia, en las porciones narrativas se presentan doctrinas de manera indirecta.

El programa de predicación del ministro debe reflejar un recorrido por las doctrinas principales y secundarias de las Escrituras, sea de manera directa o indirecta. Gerald J. Jud dice que una de las habilidades antiguas que deben ser puestas al día es la capacidad del pastor de usar la teología bíblica.⁸ Debe ser un experto en ella. Por tanto, al predicador le será útil agrupar las doctrinas de la Biblia en dos categorías que podría denominar “doctrinas principales” y “doctrinas secundarias”. Cuando comience a estudiar una doctrina bíblica, deberá reunir las referencias a esa doctrina. Puede hacer esto siguiendo una palabra doctrinal directamente en las Escrituras, o con la ayuda de una concordancia analítica o una Biblia temática. La revisión de algunos libros de doctrina bíblica lo ayudará también en este momento. Los tres libros siguientes le facilitarán una revisión introductoria de algunas de las doctrinas principales: *The Great Doctrines of the Bible* (Las grandes doctrinas de la Biblia), por William Evans; *In Understanding be Men* (Maduros en el modo de pensar), por T. C. Hammond, y *Know What You Believe* (Sepa en qué cree), por Paul E. Little.

A medida que se hallen las referencias, se las debería definir comparando todas las referencias bíblicas y usando los auxiliares extrabíblicos que sean necesarios. Las referencias doctrinales deben tener relación con el contexto de las Escrituras donde se encuentren, y también con el esquema total de la verdad bíblica. Luego, se debe relacionar la doctrina con la experiencia personal.

La preparación para predicar acerca de una doctrina debe comprender una revisión de teologías bíblicas y sistemáticas para descubrir los diversos encabezamientos que se deben incluir en el estudio de esta doctrina en particular. Uno de estos encabezamientos le podría dar al predicador el tema general, o un punto de su sermón.

La aplicación de material doctrinal en un sermón

Merril R. Abbey sugiere que cuando prediquemos sobre doctrinas

debemos hacer un análisis doble, del texto y del auditorio.⁹ El predicador no se debe limitar a estudiar su pasaje, sino que también debe estudiar a sus oyentes. Debe estar seguro de que la predicación doctrinal va dirigida a las necesidades humanas. Se podrían deducir varias cosas de una declaración como esta. Una de ellas es que hay algunas doctrinas que es mejor enseñarlas en una clase que predicarlas desde el púlpito. Esas doctrinas son importantes, pero no tienen una resonancia directa sobre la vida diaria del individuo. Otra es que en la predicación doctrinal se deben incluir la exposición y la aplicación. Fue Spurgeon quien dijo que el sermón comienza donde comienza la aplicación. El buen predicador doctrinal debe ser notable en la aplicación de la verdad doctrinal a la vida diaria.

Todo lo demás podría ser inútil si la formulación de una aplicación adecuada no se halla en el primer lugar dentro de la mente del predicador. Puesto que con tanta frecuencia se ha señalado la falta de aplicación práctica como una de las debilidades de la predicación doctrinal, vamos a examinar esta función de la retórica con cuidado. Whitesell desarrolla el tema de la importancia de la aplicación al decir:

La selección de un texto y la composición de un título tienen poca aplicación en la mente. La manera de expresar la tesis del sermón debe señalar hacia su aplicación. La parte explicativa de un sermón expositivo tiene con frecuencia dentro de sí los elementos de aplicación. Al aclarar una verdad, es casi seguro que la importancia de esa verdad sobre la conducta se hará evidente.¹⁰

La aplicación es el proceso retórico por medio del cual se hace que la verdad pese directamente sobre el individuo, a fin de persuadirlo.¹¹ Baird ve la aplicación como el proceso de ayudar a los oyentes a ver la importancia de la verdad, y lo que esa verdad tiene que ver con ellos. También debe dejar en claro lo que deben hacer respecto de esa verdad. La aplicación responde la pregunta "Y entonces, ¿qué?"¹² La palabra "aplicación" es un término moral o espiritual que denota el uso que se debe hacer de lo dicho en el sermón. La ilustración es la imagen o fotografía que acompaña una idea abstracta, y sirve para ayudar a la aplicación. Un discurso sin aplicación no sería más que una declamación. J. W. Etter lo expresa así: "El predicador que pronuncia un sermón sin aplicación es como un médico que le da a su paciente una conferencia sobre la salud en general, y se olvida de escribirle una receta."¹³

La aplicación debe estar presente en el sermón porque a muchos de los que componen el auditorio, les falta las habilidades espirituales,

homiléticas, hermenéuticas y mentales necesarias para aplicarse la verdad del sermón a sí mismos. A muchos les faltan la voluntad y el deseo necesarios para aplicar la verdad del sermón a zonas sensibles de su propia vida.

La aplicación no se limita a aclarar cuál es la responsabilidad que el individuo debe comprender en la verdad del sermón, sino que también indica cómo se puede cumplir o llevar a cabo esa responsabilidad. La aplicación muestra cómo se puede llevar a cabo la meta de la predicación: El cambio en la vida.

Dentro del sermón se deben enumerar las responsabilidades concretas de que se produzca un cambio eficaz. En algunos casos, el miembro promedio de un auditorio no ha pensado en serio la verdad bíblica que se está exponiendo, y no puede asimilar con facilidad esa verdad por sí mismo. Por tanto, el predicador debe explicar con claridad cómo el oyente puede utilizar esa verdad. Randolph afirma que donde falta concreción o aplicación, no sólo se haya un pobre sermón, sino que no hay sermón alguno. La Biblia misma tiene por intención este tipo de predicación, en el cual se ven los derechos de Dios en el contexto concreto de las exigencias de los hombres.¹⁴

Koller incluye tanto la aplicación como la ilustración en lo que llama los *seis procesos retóricos*. Estos son: narración, interpretación, ilustración, aplicación, argumentación y exhortación. Además de esto, dice: "Con frecuencia, se podrá aplicar la verdad con mayor eficacia al oyente por sugerencia, que por una declaración directa. A menudo, una ilustración bien escogida es el medio más eficaz."¹⁵

Una función de la ilustración, cuando se usa con el proceso retórico de aplicación, es suscitar interés por parte del oyente en la aplicación del sermón. Durante una exposición o aplicación extensa, la mente tiende a divagar o a cansarse. Se podría perder la aplicación personal importante del sermón, si no se despierta la mente para que esté atenta.

Las ilustraciones también harán más concreta la aplicación.

El tipo correcto de ilustración provoca una imagen mental en la que el oyente ve realmente el punto de aplicación. La verdad y el significado de la aplicación son delineados y aclarados de esta manera. La ilustración le ayuda al oyente a saber qué se le está llamando a hacer. Estrechamente relacionada con esta función de la ilustración está el sustancial papel que la ilustración tuvo al grabar la aplicación en la mente del oyente. La gente recuerda generalmente las ilustraciones de un sermón por más largo tiempo que ningún otro de sus elementos.

Otro uso que tiene la ilustración es hacer persuasiva la aplicación.

Esta se le debe presentar al oyente como algo significativo dentro de su experiencia cristiana. La aplicación es débil si no mueve al oyente a hacer algo al respecto. Gran parte del poder persuasivo de todo sermón y de su aplicación se halla en sus ilustraciones.

Las ilustraciones también hacen que sea práctica la aplicación. Hacen descender esta aplicación a la vida común, y muestran cómo se puede aplicar en medio de las tentaciones, las pruebas, los trabajos y las complejas relaciones del oyente dentro de la sociedad.

En resumen, la ilustración despierta el interés del oyente y lo lleva a escuchar la aplicación. Ayuda a aclarar esa aplicación. La impresión que ayuda a producir se recuerda por más tiempo. La ilustración tiene como prueba una fuerza que ayuda a persuadir.

Pocas cosas debilitan más la aplicación que las palabras innecesarias. Por consiguiente, se deberá tener cuidado con el uso de las ilustraciones. Jones da varias orientaciones que se deben tener presentes al usarlas. Busque hasta encontrar una ilustración adecuada. También, cuando cite algo tomado de alguna fuente, cite con exactitud. El predicador debe evitar las ilustraciones que requieran demasiada explicación, y debe restringir el número de ilustraciones que use. Además, nunca deberá ilustrar lo obvio, y siempre deberá buscar la variedad en las ilustraciones que use. Asegúrese de que la ilustración esté subordinada a la verdad que se esté predicando. Por último, dice Jones: "La ilustración debe ser primariamente estructural, más que decorativa. Nunca use una ilustración . . . que distraiga la atención y la aparte del tema central del sermón."¹⁶

A todo esto, Whitesell añade que el predicador debe usar con frecuencia ilustraciones tomadas de la Biblia. Siempre son adecuadas, y se pueden usar una y otra vez. El Espíritu Santo las usará con mayor frecuencia de lo que podríamos sospechar. Las viejas ilustraciones familiares se deben usar con limitación. El predicador no debería excusarse por usar ilustraciones personales. Si están en su lugar debido, no hay necesidad alguna de excusarse por usarlas. Si no están en su debido lugar, ni Dios ni los hombres lo excusarán por hacerlo. Whitesell considera que las ilustraciones cortas son mejores que las largas. Además de esto, es necesario particularizar y concretar la ilustración tanto como sea posible, sin extenderlas indebidamente. El predicador debe decir la verdad en la ilustración, y no ponerse a sí mismo como parte de esa ilustración, a menos que se trate de un hecho real. Debe reconocer la fuente de donde ha tomado una ilustración, si es propiedad particular de alguna otra persona. También, no debe contar historias acerca de personas en medio de un auditorio. Finalmente, se debe

insistir en el punto de que las ilustraciones humorísticas se deben limitar al mínimo dentro de la predicación bíblica, que es algo serio y dedicado a dar forma al destino de los hombres.¹⁷

En general, el predicador colocará la aplicación en el esquema del sermón de una de estas dos formas. En primer lugar, puede usar la *aplicación continua* o *corrida*, en la cual se aplica al oyente a diversos intervalos y a lo largo de todo el sermón. En segundo lugar, puede decidirse la aplicación hasta el final del sermón, donde formará parte de la conclusión. Esta es la *aplicación compacta*. Hervey señala que lo más excelente de muchos sermones puritanos eran sus aplicaciones continuas. En sus consejos a los predicadores, Hervey halla que, con el fin de presentar la palabra de Dios de una manera correcta y ventajosa, hay dos cosas esenciales: una declaración de lo que contiene el texto, y una aplicación del mismo al corazón y la conciencia del oyente.¹⁸

Porter apoya la aplicación continua o corrida con ciertas reservas. También menciona que el ensayo de Claude recomienda que algunos textos sean tratados en la forma de la aplicación continua. No obstante, la mayor preocupación por parte de Porter es que la aplicación continua no parecería la que mejor puede producir una sola impresión fuerte en los oyentes.¹⁹ Por otra parte, Pattison recomienda el uso de la aplicación continua. Le parece que reservar siempre la aplicación para la conclusión es algo que casi siempre la hará insípida y carente de fuerza con toda seguridad. En esa situación, el oyente ya está esperando la aplicación, y llega cuando él ya está armado, prevenido y en guardia, o cuando está demasiado cansado para sentir la fuerza de la aplicación. Es mucho más prudente el predicador que va llevando un hilo de aplicación a lo largo de todo el sermón.

Aunque no se debería guardar la aplicación para el final del sermón, es igualmente desafortunado dejar que el sermón termine sin hacer aplicación alguna. Pattison recuerda el comentario de un viejo cazador de ballenas acerca del esfuerzo de su pastor: "Un sermón bastante bueno, pero no tenía arpón."²⁰

Sturtevant añade que en la aplicación uniforme, todo el discurso debe tener precisamente el mismo carácter que la conclusión de otros sermones. En realidad, es una peroración extendida de forma que ocupe todo el tiempo del predicador. Si se presenta juiciosamente, captará y fijará la atención del oyente, y si se maneja con habilidad, la retendrá hasta el final.²¹

En los últimos años la aplicación continua se está usando de manera más amplia que la costumbre de dejar la aplicación para el momento de la conclusión. Generalmente se saca una aplicación después de comen-

tar cada una de las divisiones principales del sermón, así como al concluirlo. Es esto lo que llevó a Jeff Brown a decir que cada una de las divisiones del sermón debería contener una conclusión.²² A estos se les podría dar el nombre de *aplicación divisional*.

En un sermón, la aplicación debe ser personal, pero también debe abarcar medios y métodos. El cómo hacerlo debe seguir siempre a la exhortación acerca de lo que se debe hacer. Es posible que este sea el punto más débil de gran parte de la predicación. Entonces, la aplicación trataría de cuestiones particulares. Ahora se deben considerar el desarrollo de una aplicación específica, el empleo de la aplicación y la respuesta del auditorio a la aplicación.

Según Coffin, la mayoría de los sermones fracasan porque el predicador no se ha aclarado a sí mismo precisamente lo que está tratando de hacer que sus oyentes sean y hagan.²³ Desde el principio, el predicador debe determinar cuál es el punto focal de la aplicación. Debe decidir con exactitud quién ha de recibir la aplicación con toda su fuerza. Debe destinar el sermón al número mayor de personas que le sea posible.²⁴

En el esfuerzo por personalizar y localizar, el predicador tendrá más éxito si el material de la aplicación está dirigido a individuos específicos del auditorio, y no a una persona imaginaria en la que se reúnan las características de diversos miembros del auditorio. Si el predicador escoge materiales que tienen una aplicación causal a todos los miembros del auditorio, correrá el riesgo de escoger temas que no correspondan exactamente a nadie, y que por tanto, no muevan a los oyentes a reaccionar. Farmer sigue este pensamiento con una observación similar cuando dice: "A veces me ha sido de ayuda escribir con una persona definida y en una situación concreta en mente, haciéndome preguntas como esta: ¿Cómo le parecerá esto? ¿Lo comprenderá? ¿Le parecerá algo más que una abstracción etérea e irrelevante?"²⁵

Durante el transcurso de la preparación, también será provechoso que el predicador se vea frecuentemente a sí mismo como el oyente. ¿Lo conmovería esta consideración si él fuera el oyente? ¿Sería válido este argumento en su caso? ¿Recibe ayuda y consuelo en esto? ¿Haría él mismo lo que le está aconsejando a otros que hagan? Breed comenta que el predicador debe recordar que la medida de su éxito en la predicación se hallará solamente en el grado que se observe y se practique la aplicación del sermón por el auditorio. No en la retórica brillante, los sólidos argumentos o las ilustraciones que se presenten, sino en la utilidad positiva de uno mismo es donde se halla la medida de sus propios éxitos.²⁶ Lewis se hace más práctico y específico aun.

Algunos ministros, considera él, aguzan la conciencia de sus oyentes manteniendo en su mesa una tarjeta con los nombres de varios de sus miembros, entre seis y doce. Por ejemplo, el nombre de un niño de seis años, el de una niña de catorce, el de una pareja de adolescentes, el de un matrimonio joven, unos padres de familia jóvenes, un hombre de negocios, una viuda y una pareja retirada. Al preparar un sermón para ayudar a estas personas en especial, todo el auditorio hallará algo vital dentro del mensaje.²⁷ También se debe recordar que el predicador nunca deberá señalar a una persona por su nombre, o dar detalles de tal forma que un auditorio pueda determinar quién es el oyente al que se refiere el predicador.

Para Breed, la aplicación se encuentra tanto en el predicador como en el texto. La aplicación en el predicador se halla en su espíritu y maneras, más que en el lenguaje que emplee para expresarla. La manifestarán su sinceridad, responsabilidad y fidelidad a la Palabra de Dios. El predicador debe guardarse de una predicación desprendida. Esta consiste en lanzarle un torrente de pensamiento a un auditorio, con el permiso de tomarlo o dejarlo, según sus propios méritos. Es como si el predicador no quisiera que el auditorio recibiera su influencia, sino simplemente que vea si el mensaje es verdadero y bueno, y decida por sí mismo qué hacer con él. El predicador debe ser la personificación de la verdad que anuncia, y ésta debe tener un poder vital. Uno de los errores que un predicador puede cometer, es pensar que la verdad contiene en sí su propia fuerza. La aplicación se halla también en el texto. Se escoge el texto, porque el predicador ve en él la aplicación y el tema general del texto es anunciado por él de tal manera, que contiene la aplicación en su forma inicial. Al manejar correctamente el texto se puede obtener la aplicación correcta, mientras que un manejo inadecuado podría obscurecer una aplicación obvia.²⁸

No se debe tener el atrevimiento de que la aplicación sea algo ajeno al texto o importado de fuera, como si el predicador necesitara añadir al contenido del texto algo que sea suyo propio. Al contrario; debe tomar la Palabra de Dios, de cuyo significado se ha asegurado en el pasado, y presentarla inalterada e íntegra en medio del presente. Debe dejar que les diga a los hombres de hoy lo que les dijo a los hombres del pasado. Whitesell dice que, para hacer una aplicación sólida y llena de fuerza:

Se debe levantar la verdad de sus puntos de referencia locales y temporales, para demostrar que es intemporal y universal. Hay algo poderoso en la verdad eterna y elemental.

Esta verdad se halla bajo la superficie de todo el material bíblico. Una de las tareas principales de la predicación es la de hallar y exponer estas verdades eternas de tal manera que exhorten y conmuevan a los oyentes. Estas verdades son esenciales en los buenos títulos, temas específicos, puntos principales y aplicaciones de los sermones. La mente normal tiene capacidad para ver y reconocer de inmediato la fuerza de una verdad eterna. Aplicar una verdad así es relativamente fácil, porque casi se aplica por sí misma.²⁹

Las verdades eternas, una vez descubiertas en el texto, deberán presentarse con toda naturalidad, de tal manera que la aplicación surja por necesidad interna del mismo texto, y no sea otra cosa que el desarrollo orgánico del texto. El pensamiento principal del texto deberá ser el pensamiento principal de la aplicación. Lo que no se halla en el texto no se deberá hallar en la aplicación. Reu resume diciendo:

Toda la aplicación de la Palabra de Dios al día presente debe seguir las líneas y reproducir los rasgos característicos del texto, de tal manera que se pueda reconocer sin dificultad este texto a partir de la aplicación. Esto es lo que demanda la dignidad del texto, y también la conciencia homilética del predicador. El homileta debe asimilar tan completamente este principio, que se convertirá en su segunda naturaleza, y que no podrá actuar contra él, porque su conciencia no se lo permitirá.³⁰

Antes que la aplicación pueda vivir y moverse en el alma de los oyentes, debe arder y brillar en el corazón del predicador. Por tanto, el predicador debe escribir la aplicación que se usará en el sermón, de tal manera que desarrolle claridad de pensamiento y acierto en su dirección y enfoque. Ponerla por escrito ayuda a expresar de manera breve, acertada y exacta lo que de otra forma es muy probable que sea declarado de una manera profusa, vaga e imprecisa. Jones cita estas palabras de Bacon: "La conversación hace un hombre alerta, la lectura hace un hombre completo y la escritura hace un hombre exacto."³¹ También escribir algo obliga a tener una preparación más completa.

Como regla general, la aplicación se hace en relación con cada una de las verdades espirituales comentadas. Sin embargo, hay momentos en que sería bueno hacer una aplicación al final de cada subdivisión o al final de cada división principal. Sólo una breve línea que resuma este párrafo aparecerá en el bosquejo que se llevará al púlpito. Sin embargo, la cuidadosa preparación que hay tras esa línea de resumen le dará fuerza y

amplitud a la aplicación durante el mensaje. Sangster propone que todo predicador debe colgar un papel con la palabra *cómo* ante su escritorio para recordarse a sí mismo que la preparación del sermón no está completa hasta que haya realizado esta tarea.

La claridad y la fuerza del párrafo de aplicación podrán mejorar si se mantienen presentes los siguientes puntos durante la preparación: ¿Es clara? ¿Es interesante y significativa? ¿Es vívida? ¿Es convincente? También, el lenguaje de la aplicación depende en cuanto a su eficacia de los nombres y pronombres. Los pronombres de primera y segunda persona hacen que la aplicación sea directa y personal. Fue James Denney quien escribió: "El hombre que dispara por encima del blanco no prueba con eso que tiene unas balas superiores. Sencillamente demuestra que no tiene buena puntería."³² Ian MacPherson cita a Boswell, quien dice de Johnson que este, en medio del impulso del debate, no perdía el tiempo en empuñar su espada, sino que "en un instante ya lo había atravesado a uno".³³ Las aplicaciones con las que hay que laborar por demasiado tiempo, y las ilustraciones que necesitan explicación distan mucho de ser las mejores.

En nuestros días se necesita la predicación doctrinal, tal como se ha necesitado en el pasado. Se debe insistir en ella en las doctrinas bíblicas. Parece que los dos modelos mejores de sermón para la predicación doctrinal son el de modificación y el tercer tipo de aclaración. Para que nuestra gente aprecie la predicación doctrinal, tenemos que hacer un uso eficaz de las ilustraciones, y asegurarnos de que las verdades doctrinales sean vistas como prácticas para la salvación y la edificación. La predicación doctrinal abarca la enseñanza de doctrina junto con su aplicación a la vida diaria. La predicación se llena de poder cuando somos voceros de las grandes declaraciones de las verdades bíblicas respecto de Dios y del hombre. Esto es la predicación doctrinal.